

**SIMPOSIO INTERNACIONAL. NUEVOS RETOS DEL TRANSNACIONALISMO
EN EL ESTUDIO DE LAS MIGRACIONES**

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA, 14-15 FEBRERO 2008

Laura Oso Casas Profesora Titular de Universidad Facultade de Socioloxia Universidade da Coruña Campus Elviña s/n 15071- A Coruña Tel: +34 981167000 ext: 4852 Fax: +34 981167103 E-mail: osofac@udc.es	Kàtia Lurbe i Puerto Investigadora Postdoctoral MEC adscrita al IRIS (UMR 8156 CNRS - Inserm - EHESS – Univ. Paris 13). Maison des Sciences de l'Homme París-Nord (Bureau 51) 4, rue de la Croix Fanon - 93210 Saint Denis la Plaine Telf. +33 (0)155939399 / Fax: +33 (0)155939001 E-mail: katia_lurbe@hotmail.com	Bruno Tur Investigador CRIIA (centre de Recherche Iberique et Ibéroaméricaine) Université Paris X 19, rue Rodier 75009 Paris Email : tur_bruno@yahoo.fr
--	---	---

**HIJOS DE EMIGRANTES ESPAÑOLES EN FRANCIA: LA TRANSMISIÓN
INTERGENERACIONAL DE LAS PRACTICAS TRANSNACIONALES**

Introducción

Esta comunicación toma como eje analítico una definición operativa del transnacionalismo, entendido fundamentalmente como la experiencia de actores sociales que viven en dos países. Desde esta óptica, bien pudiera definirse como el moverse en dos espacios sociales que estando delimitados por fronteras nacionales, se traspasan en la cotidianeidad de sus vidas. Partiendo del estudio *Españolas en París* realizado por Laura Oso, los emigrantes de los años 60-70 ofrecen una convincente ilustración de que el fenómeno transnacional no puede ser considerado como hecho novedoso para caracterizar la singularidad de los actuales flujos migratorios. El transnacionalismo de los emigrantes españoles se evidencia en que proyectan su movilidad social en España, desarrollando su trayectoria vital en Francia. Se trata de lo que la misma autora ha denominado la *paradoja de la emigración de los años 60-70*, cristalizada en una división espacio-temporal del trabajo y sacrificio (espacio social del país de instalación) y del ocio (espacio social del país de origen) (Oso, 2004).

En esta comunicación, los autores toman como foco de su atención los *hijos de la emigración española*, ofreciendo un análisis de las prácticas transnacionales de éstos. Al respecto, se hace especial hincapié en cómo la dicotomía de espacios sociales que compone la denominada paradoja de la emigración de los años 60-70 se ha transmitido o no. Se trata de profundizar en la idea de un transnacionalismo heredado intergeneracionalmente. Para ello, hemos realizado un análisis crítico de discurso de un total de 30 entrevistas en profundidad a familias de origen español residentes en París, recogiendo los imaginarios y las prácticas de padres e hijos sobre diversos temas en torno a la experiencia transnacional. Desarrollado durante la primavera del 2007, el trabajo de campo se ha complementado por una serie de entrevistas focalizadas a expertos y profesionales de distinta índole a fin de contextualizar la narraciones vivenciales de las familias entrevistadas (Oso (dir.), Lurbe y Tur, 2007).

Estrategias ocupacionales y transnacionalismo de los padres e hijos de la emigración

Empezaremos nuestro análisis a partir de lo que hemos venido denominando la paradoja de la emigración económica española en Francia (60-70), paradoja que fue constatada ya en el estudio anterior realizado con las mujeres que protagonizaron el éxodo (Oso, 2004). Y que consistió en cómo los emigrantes fueron programando su movilidad social sobre la base de la dicotomía de espacios sociales (origen, acogida). El proyecto migratorio se pensó como una estrategia temporal, centrada en la maximización del ahorro y en el retorno, el fin último del proceso. Con el regreso vendría el logro de los sueños, los beneficios tras los años de sacrificio. La maximización del ahorro se lograba debido a que en Francia el tiempo se dedicaba a trabajar, era el espacio social en el cual se optimizaba el dinero, ahorrándose la mayor parte de los recursos ganados. El ocio y el consumo se reservaban a España, donde los emigrantes se desplazaban una vez al año, durante el periodo vacacional. En los pueblos no se escatimaba, pues era el espacio para la demostración de la movilidad social. La mayor parte de las inversiones se realizaban en el país de origen. Estas estrategias se unían con un repliegue de la comunidad española sobre sí misma, ¿para qué aprender el idioma, desarrollar una formación, si lo que se tiene planeado es volver cuanto antes a España? No obstante, contrariamente a lo soñado, muchos de nuestros protagonistas se fueron quedando, por el peso de los determinantes estructurales: el miedo a regresar en un momento de debilidad económica tras la crisis del petróleo. O por la formación de familias y la llegada de los hijos, que reorientó las estrategias inicialmente programadas y fue retrasando la vuelta a España.

La paradoja vino para aquellos que no cumplieron uno de los pilares clave de este proyecto: el retorno. Y que se quedaron anclados en Francia y en la mentalidad del ahorro, soñando con el ansiado regreso. La paradoja vino cuando nuestros protagonistas fueron tomando conciencia de que los treinta o cuarenta años de sacrificio en esas condiciones de vida y de trabajo (ahorro en vivienda, maximización del tiempo dedicado a la actividad laboral, en detrimento de la inversión en ocio) no se habían materializado en una trayectoria realmente ascendente de movilidad social, respecto a los españoles que no emigraron. Dejaron una España “pobre”, pero la fuerte movilidad colectiva que vivió este país en las últimas décadas hace que la diferencia entre los que emigraron y los que se quedaron no sea tanta. Aquellos productos y bienes de consumo que se llevaban al pueblo desde París, ya no lucen en la España, donde la globalización hace que se puedan comprar las mismas marcas en cualquier punto de Europa. Las mujeres gallegas son, hoy en día, las que están estrenando esa moda de Zara, que se exporta al mundo.

Los emigrantes lo perciben así, aquellos que no hicieron las maletas, están “igual”: tienen un piso en propiedad, un coche, van bien vestidos, salen de tapas, bares y restaurantes, sus hijos también han estudiado.... Y, además, han disfrutado de la “vida” durante todos estos años, mientras que ellos sólo han “vivido” una vez al año, durante el mes de vacaciones, permaneciendo en el letargo del trabajo durante el resto del año. Y es, así, como la mayoría de los informantes de la primera generación, que no volvieron a

tiempo, siente un bloqueo de su movilidad social y una cierta sensación de “fracaso”. La paradoja viene del hecho de que gracias a las remesas de la emigración se levantó España. Los emigrantes aportaron, en gran medida, a la movilidad colectiva que disfrutaron los que se quedaron, mientras que su trayectoria individual se vio estancada con el paso de los años.

Y este proyecto tan marcado, obsesionado por el ahorro y por el retorno, condicionó la vida cotidiana de los protagonistas del éxodo. Se vivía y se trabajaba en Francia, pero el corazón y la mente estaban en España. Hablamos, por supuesto, del caso más extremo. Estamos, por lo tanto, simplificando. Para profundizar en esta idea de la paradoja y en sus matices el lector puede remitirse de nuevo al trabajo anterior realizado (Oso, 2004).

El hecho de proyectar la movilidad social en el país de origen, desarrollando, para ello, una trayectoria laboral y vital en Francia, hizo que se desplegaran, inevitablemente, toda una serie de estrategias transnacionales. Los padres de la emigración mantenían importantes contactos con su familia en España, primero a través de cartas. El posterior desarrollo de los medios de comunicación, fue permitiendo la intensificación de estas uniones a través del teléfono e Internet. Los periodos vacacionales se aprovechaban para llevar todo tipo de productos. No sólo regalos con el objetivo de demostrar el estatus social de cara a la comunidad, sino igualmente muebles y objetos para decorar la casa en España. Las inversiones se realizaban en el lugar de origen. La cercanía entre ambos países permitió que esta migración fuese desarrollando todas estas prácticas transnacionales.

Para poder poner en marcha el proyecto temporal de ahorro y retorno fueron varias las estrategias laborales y residenciales que desarrollaron los padres de la emigración. Los hombres trabajaron fundamentalmente en el sector de la construcción, la industria y el automóvil, o como parte del proletariado de servicios (empresas de limpieza, chóferes, etc). Algunos consiguieron mejorar su situación profesional, llegando incluso a poder montar una empresa de construcción, por ejemplo. Pero no se observan trayectorias de movilidad ocupacionales hacia otros segmentos del mercado de trabajo o empleos más cualificados.

Para las mujeres, la trayectoria ocupacional más extendida fue el paso de empleada de hogar a portera. La portería permitía conciliar la vida laboral y la maternidad, gracias a que la mujer podía tener tiempo para estar en su domicilio y atender a los hijos, sin dejar de trabajar y percibir un sueldo. Al mismo tiempo facilitaba la vivienda gratis, con lo que se maximizaban los recursos y no se ponía en peligro el proyecto migratorio de ahorro y retorno. La portería, no obstante, era un trabajo al cual estaba asociado un bajo estatus en Francia, sobre todo en los primeros años de la emigración, por lo que algunas familias sufrieron un cierto estigma social. Además, las condiciones de la vivienda eran duras (unos escasos metros cuadrados que tenían que compartir padres e hijos). La portería era una estrategia óptima de conciliación pero suponía seguir perpetuando el sacrificio de la emigración, sobre todo en cuanto a las condiciones residenciales. Otras trayectorias ocupacionales que se identificaron, a lo largo del trabajo de campo, fueron el trabajo como asistente maternal, el cuidado de una

persona mayor, etc. No obstante, fueron pocas las mujeres que consiguieron salir del ámbito de la limpieza y de los cuidados personales, por lo que la trayectoria ocupacional de la primera generación podemos calificarla de estancamiento. Esto se explica por el bajo nivel de instrucción que tenía las madres de la emigración, provenientes muchas del medio rural español. Y también porque no se invirtió en aprender bien el idioma y en seguir una formación que permitiese mejorar las condiciones laborales. Si lo que se quería era ahorrar y maximizar las ganancias, el tiempo se invertía en trabajar y no en aprender el francés o en asistir a cursos que pudieran en un futuro reorientar la trayectoria laboral. Así, las madres y los padres optaron, de alguna manera, por proyectar la movilidad social hacia sus hijos, sacrificando ellos su propia trayectoria de ascenso laboral, por el bien de los retoños y para conseguir el sueño de maximizar el ahorro para regresar a España. Puesto que la portería permitía, en gran medida, seguir desarrollando la estrategia transnacional de movilidad social.

¿Y cuáles fueron las estrategias ocupacionales de los descendientes de españoles en Francia? Son diversos los estudios que se han llevado a cabo comparando la inserción al mercado de trabajo de los hijos de inmigrantes en este país. Estos trabajos muestran que los españoles son una de las comunidades que presentan una mejor integración educativa y laboral en Francia. Así lo perciben igualmente nuestros informantes, que aseguran no sufrir discriminaciones, por su origen, en cuanto al acceso al mercado de trabajo. Es más, en comparación con España, piensan que en Francia tienen más probabilidades de encontrar un “buen trabajo”. El mercado laboral francés se ve mejor que el español, en cuanto a las condiciones laborales (salarios, derechos, etc.).

Entre las trayectorias ocupacionales que se perciben para los hijos de la emigración destaca el “todo por salir de la portería o del trabajo manual”. Tanto padres como hijos apostaron por la movilidad social familiar a través de la educación, con el objetivo de que, al menos, los retoños saliesen de esos trabajos en los cuales quedó enclaustrada la primera generación. Sólo dos de las personas entrevistadas llevaron a cabo una trayectoria de continuidad laboral de padres a hijos, trabajando en la construcción o en una portería.

Una de las trayectorias observadas, que nos interesa especialmente en esta comunicación, es la que parte de la estrategia “transnacional”. Es decir, del diseño de la carrera profesional con la mirada puesta hacia España o considerando los dos países como alternativas para la inserción laboral. Suele ser el caso de aquellos que tienen muy marcada la idea de “volver” a la tierra de sus orígenes familiares. Puede tratarse de una elección personal, que ha podido estar igualmente influida por los padres. En efecto, algunos progenitores, en su deseo por “regresar”, han ido, de manera más o menos explícita, aconsejando a sus retoños, para que orientasen sus estrategias laborales con la idea del retorno. Algunas de estas estrategias laborales transnacionales son: elegir carreras relacionadas con el país de origen o que puedan ser “interesantes”, con vistas al mercado de trabajo español, etc.

No obstante, la estrategia transnacional en la búsqueda de empleo puede no estar necesariamente inducida por la atracción de las raíces, sino que adopta una forma más instrumental. No se busca tanto el regreso, sino que se aprovechan los “recursos

culturales” y lingüísticos, como una estrategia para tener más posibilidades de encontrar un empleo, al poder “vender” el currículum en dos mercados de trabajo, el francés y el español. Lo cual permite ampliar el abanico de opciones. Así, nuestros informantes, que han nacido y crecido en la transnacionalidad, venden este recurso en el mercado de trabajo de la sociedad global, que precisa de personas capaces de adaptarse a un entorno multicultural, a cambiar de idioma y de registro cultural, a comprender la diversidad.

Como vemos, los padres de la emigración han invertido y han puesto todo su empeño para que sus hijos sean los que realmente desarrollen una trayectoria de movilidad laboral. Anclados en los trabajos manuales y en el proletariado de servicios serán los retoños los que saquen a la familia del estancamiento social. No es nuevo que los padres proyecten su propia movilidad social a través de sus hijos, es ley de vida que los progenitores pretendan que sus descendientes “hagan lo que no hicieron ellos”. Lo interesante del caso que estamos estudiando es cómo se articula este proceso con la emigración.

En nuestro caso entran igualmente en marcha las estrategias transnacionales, que han formado parte de la vida cotidiana de los descendientes de los emigrantes, en el marco del proyecto familiar de movilidad social. Proyecto que, como vimos, se ha ido configurando en el marco de dos espacios sociales (Francia y España). Los padres fueron socializando a los hijos en la idea del regreso, así como en la bi-culturalidad. En vivir en dos países. Y los retoños han interiorizado las prácticas transnacionales, influyéndoles en la configuración de sus estrategias y trayectorias laborales. De tal manera que algunos han ido, incluso, configurando su carrera profesional con la idea última de “volver a España”.

Como vemos, el proyecto de movilidad social que ideó la generación de los padres, y el proceso migratorio, ha ido influyendo en las trayectorias ocupacionales de los hijos de la emigración española en Francia. La emigración no supuso una movilidad laboral para los protagonistas del éxodo, que vivieron, a largo plazo, una trayectoria de estancamiento, entre otras cosas por la “obsesión por volver a España”, que no era acorde con la idea de invertir tiempo en formación y en mejorar la situación profesional. Pero impulsó a la generación de los hijos a salir del trabajo manual y del proletariado de servicios. Todo ello gracias al “sacrificio” de los progenitores. El deseo de retorno fue igualmente empapando la configuración de las trayectorias profesionales de los descendientes, muchas de ellas influidas por las prácticas transnacionales. Los retoños ganaron un capital de gran valor en el marco del mercado de trabajo de la sociedad global, “el capital transnacional”. Y se beneficiaron del motor que fue la insistencia de los padres para que fuesen los hijos los que saliesen adelante. Conscientes del sacrificio, pagaron, de esa forma, su deuda, saliendo de los trabajos manuales y del proletariado de servicios.

“La generación perdida y la generación ganada”, es el titular de un número de la revista que se distribuye entre los inmigrantes Ventana Europea. Los padres se contentan en su discurso de que, al menos, la paradoja de la emigración, esa “sensación de fracaso”, se cure y se resuelva con la movilidad social de los hijos. De tal manera que se ha ido dando una transmisión intergeneracional del proyecto migratorio y de

movilidad social de la emigración española en Francia, que explica, las trayectorias de inserción socio-laboral de los descendientes.

Veamos, con más detalle, cómo se fue dando este proceso de transmisión intergeneracional de la transnacionalidad, de ese vivir en dos espacios sociales (Francia y España), más allá del ámbito laboral. Para ello nos centraremos en: 1) las estrategias y prácticas educativas; 2) en la transmisión y uso de la lengua; 3) la elección y significado de la nacionalidad; 4) las prácticas de salud; 5) los viajes, 6) las relaciones sociales y comunitarias; 7) y el retorno, como un proceso en el marco del “círculo migratorio transnacional”.

1. Una educación española en Francia: credencial para una vida digna en Francia, manteniendo un oasis en España.

Una mejor educación para nuestros hijos ha sido el *leitmotiv* de las familias emigrantes españolas de los 1960-1970's en su lucha diaria contra la nostalgia de estar lejos de los suyos y para salir adelante en una sociedad que aún les hace sentirse extraños. El sueño de ofrecer a sus hijos, las oportunidades de movilidad social ascendente que la España de la posguerra les negaba, a través del sistema de enseñanza francés, se une, reforzándolo, al objetivo sin duda primordial del proyecto migratorio: un mejor salario y unas condiciones laborales dignas para su descendencia. De ahí que nuestro estudio empírico no permita sostener la imagen transmitida por el estereotipo del “emigrante español” de la primera mitad del S.XX: que el esfuerzo por acumular capital económico respondiera únicamente a ver realizado el sueño dorado de construirse una casa y comprar tierras para explotarla y “vivir como reyes” en España. Se constata por el contrario un fuerte empeño de los padres impelidos por probar suerte en el mercado laboral francés, así como de los forzados a emigrar por la represión política franquista, por invertir en la educación de su descendencia, sin distinción de género¹.

De hecho, se desvía buena parte del ahorro familiar para inscribirlos en los mejores colegios del barrio en que residen, en su mayoría, colegios y liceos privados. En la mente de estos padres se fragua no sólo el deseo de “*que no hagan trabajos físicos como nos vemos obligados nosotros*” sino que se culturicen, agrandando un capital cultural que les permita acceder al disfrute de los placeres intelectuales y artísticos.

¹ En aquel entonces, el deseo de los padres españoles se centraba en que sus hijos e hijas prolongasen sus estudios hasta el BAC (título de bachiller) y que, en general, tras la secundaria, se finalizara una formación profesional, garantía de una inserción rápida en el mundo del trabajo en mejores condiciones laborales que sus padres. Según Patrick Simon (1991) los varones solían decantarse por unos estudios técnicos de corta duración (50%) y en menor medida, los estudios superiores (16% consiguen el título de bachillerato, 19% obtienen un diploma universitario). Sus perfiles profesionales siguieron una tendencia similar a la media nacional francesa. Las mujeres en su mayoría cursaban también estudios de formación profesional (39%), y en comparación con los hombres fueron más numerosas a la hora de proseguir sus estudios (17% en bachiller y 27% lograron un título universitario), consiguiendo una movilidad social superior a la media de las hijas de clase obrera francesa.

En la actualidad, no es de extrañar por tanto, que la meta esté puesta, para la generación de nacidos en Francia que hoy en día tienen 20-30 años, en la consecución de un diploma universitario. El empeño de los padres españoles de ver a sus hijos lograr alargar sus trayectorias educativas lleva hasta los más patrióticos a incitar a sus hijos a nacionalizarse franceses para facilitarles el acceso a las instituciones universitarias de mayor renombre y por regla general, al menos en los años 1980's, más celosas de tener en sus aulas estudiantes nacionales. Es el caso de la generación de los descendientes que llegaron pequeños a Francia o nacieron en ese país durante la década de los 1960's o a principios de los 1970's. La visión de la escuela como el trampolín para lograr ascender a una mejor posición en el Olimpo cuando se nace "*hijos de dioses menores*", apropiándonos en esta ocasión del título de la obra cinematográfica de Randa Haines, es uno de los elementos transmitidos intergeneracionalmente en el legado de la historia migratoria familiar. Esta misma historia migratoria otorga una significación más intensa a la responsabilidad de movilidad ascendente social por la vía de la escolarización que los padres depositaron en su descendencia. Tanto los hijos que la lograron, como los que no, recuerdan en el curso de conversaciones cotidianas a sus propios descendientes - esto es, los nietos de los emigrantes- el valor de una buena trayectoria escolar, ejemplificando con la historia de familiares o amistades españolas emigrantes que han logrado escalar una mejor posición social en la sociedad francesa, atrayendo la admiración de los familiares y las amistades que permanecieron en España. En estas conversaciones el sacar provecho de las oportunidades escolares es mencionado como "la clave del éxito".

El carácter transnacional de los padres en materia de educación se halla también expresado en la reivindicación de dotar al colectivo de españoles, de las infraestructuras necesarias para transmitir a sus hijos el sentimiento de pertenencia a España, al tiempo que una formación reglada oficialmente reconocida desde el gobierno español, a fin de eliminar las posibles trabas en su reinserción educativa y laboral en el hipotético caso de un retorno. Las primeras escuelas de lengua y cultura españolas dirigidas a hijos de españoles fueron fundadas, por iniciativa ciudadana, sorteando un sinfín de obstáculos, pues contaron con un contexto político bien desfavorable, en el que confluían la desidia del gobierno español en los asuntos educativos y culturales de los ciudadanos españoles en el extranjero, por una parte, y por otra, la política fuertemente asimilacionista francesa. Las reivindicaciones del derecho de preservar vínculos culturales con la población emigrada, presentes en los discursos navideños del Caudillo bien demostraron con el tiempo ser meros *castillos en el aire*. Efectivamente, la "españolidad" tan nombrada en tiempos de la Dictadura, con el que se alimentaba el deseo del regreso, al tiempo que se legitimaba e incitaba el envío de las remesas, no dejó de ser pura retórica gubernamental, una instrumentalización económica de este flujo migratorio. Eso sí, efectiva en términos de beneficios económicos aportados para la España Franquista. Por su parte, Francia también se oponía vigorosamente a la apertura de escuelas extranjeras en su territorio. Ferviente defensora del modelo asimilacionista, en un periodo de gran demanda de mano de obra para su industria, estimulaba a que los inmigrantes y sus hijos se incorporasen en escuelas de nivelación (*les écoles de rattrapage*) para aprender el idioma y en los centros del sistema escolar francés, con el doble objetivo de diluir los vínculos con la sociedad y la cultura de origen y de facilitar la integración socio-cultural en la sociedad de instalación.

Desde la *esfera del mundo de la vida* (Jürgen Habermas) se gestó, en un acopio de iniciativas individuales y sociales, que si bien alejadas de la irradiación que adquiere la acción de los gobernantes, se ha ido fraguando un movimiento de gentes españolas que fundiéndose a modo de sinergia con los acuerdos y decisiones formales gubernamentales, contribuyeron a *performar* las “bellas intenciones” cristalizando así las retóricas, en intervenciones concretas y palpables. Los padres de alumnos españoles tuvieron que luchar duro para conseguir que las escuelas francesas a las que asistían sus hijos aceptaran abrir clases complementarias, a modo de actividad extraescolar, realizada fuera del horario lectivo, por un profesor de lengua y cultura española externo al personal del centro, y en una aula cedida por la dirección del centro. Las resistencias no sólo venían de los requisitos exigidos por el MEC para ocuparse de la contratación del profesorado y otorgar una certificación oficial de convalidación de los estudios realizados en el sistema de enseñanza francés, sino de las resistencias de la dirección y el profesorado de los centros escolares franceses y de algunos concejales municipales.

En el imaginario de padres e hijos, el esfuerzo por asistir a una escuela española tras la escuela francesa valía la pena, pues permitía alcanzar los requisitos necesarios para convalidar los estudios primarios, secundarios y el bachillerato cursado en Francia, además de la rentabilidad que una educación francesa-española podía comportar residiendo en la UE. Aunque por sorpresa de algunos *retornados* una trayectoria escolar binacional, con certificación académica reconocida tanto por Francia como por España, no implicó ponerse a salvo de los problemas de homologación de la titulación universitaria realizada en Francia, problema que persiste en la actualidad.

No obstante, incluso para los que han seguido una trayectoria educativa más afrancesada, la pluralidad lingüística, la comunicación transcultural y el *transcambio* de *realidades* española-francesa representa una valiosa valija diplomática, que arraiga en la transmisión de prácticas transnacionales heredadas de sus ascendentes y reelaboradas desde el prisma de las singulares trayectorias vitales de estos hijos y nietos de españoles.

2. Lengua(s) y su uso en un contexto de vida transnacional

Los descendientes de la emigración española en Francia son políglotas: la gran mayoría domina el francés y el castellano, algunos hablan otras lenguas del estado español, muchos han aprendido idiomas extranjeros durante sus estudios (inglés, el italiano o alemán). la mayoría habla al menos tres lenguas (castellano, francés, inglés).

Para los que no fueron a las clases complementarias en la capital francesa, el castellano ha sido sobre todo una lengua oral, aprendiéndolo en casa y durante las vacaciones en España. Otros aprendieron solos a leer el castellano. En las clases complementarias, los descendientes pudieron aprender a escribir el castellano y adquirir vocabulario. En caso contrario, el resto tuvo que aprenderlo en el *collège* francés.

Ya apuntaba Walter Benjamín que la dificultad mayor en el aprendizaje de las lenguas, al referirse a los que se exilian –y bien pudiera extenderse a los que emigran por razones económicas-, no es tanto el hecho de adquirir una nueva, como el proceso de abandonar la propia. Bertold Brecht nos ayuda a completar la afirmación: la persona exiliada debe

aprender a callarse en dos lenguas. Nuestros entrevistados no dan muestra de tensión al manejarse entre-dos-lenguas. A lo sumo, la tensión se reduce a la dificultad de encontrar la palabra exacta en el idioma menos practicado y de reconocerse en el acto de habla. Nuestros entrevistados dan muestras de haber creado una suerte de lengua franca, el “francignol”, un francés en el que se incorporan palabras españolas afrancesadas; un español en el se intercalan palabras francesas castellanizadas.

MAR : *Mi madre se inventa palabras. Transforma palabras francesas en españolas y lo hace con sus hermanas [en España] y yo le digo « pero mamá, aquí, estás diciendo una palabra francesa ». Ella contesta, “sí” y op! Cambia [risas]. Por ejemplo, mi padre no ha sabido nunca decir « pantoufle ». Bueno, tampoco lo ha querido hasta ahora porque siempre dice « pantufla, dame mis pantuflas ». Y le decíamos, papá, es « pantoufle », y en España no se dice así. No es así. Y mi madre le dice así, « Ve por las pantuflas de Anselmo », a mi tía. Entonces mi tía, ahora sabe, pero normalmente no es una palabra que debería conocer. ² » (Hija de emigrante, nacida en Francia, originaria de Castilla-la-Mancha)*

En la intimidad del hogar, observamos la tendencia general entre los padres y los abuelos que emigraron a Francia, de dirigirse en castellano o gallego/valenciano a sus correspondientes cónyuges -en el caso de ser ambos españoles-, de elegir el francés como lengua para expresarse con sus hijos y el castellano o el valenciano/gallego con sus nietos. No obstante, encontramos también familias en las cuales la lengua de la intimidad entre padres e hijos es la española. Cuando uno de los dos es francés, la *lengua de la intimidad* es automáticamente el francés. En proporción directa al grado de comunitarismo que desplieguen, la lengua de las amistades será mayoritariamente el castellano, muy activas en el mundo del asociacionismo de emigrantes españoles, que suelen frecuentar con regularidad, los bares y discotecas españoles de París y cuyo círculo de amigos está compuesto mayoritariamente por descendientes españoles en Francia. Lengua de las vacaciones en la práctica totalidad de los casos, el español representa también la lengua de la misa o de los cursos de catecismo de la Iglesia de la Pompe en Paris.

Si bien la práctica totalidad cuando leen novelas lo hacen en francés; prácticamente ninguno, en las lenguas cooficiales españolas (valenciano/gallego). Una buena parte son lectoras asiduas -las hijas-, de las revistas de moda y de prensa rosa españolas y, las madres y los padres, de las revistas de sociedad, que compran en París. Tales lecturas son tácticas de sociabilidad bien apreciadas para nutrir las conversaciones con sus amistades españolas en España. *El País* es sin duda el diario mayoritariamente consultado por nuestros entrevistados, preferentemente por Internet aunque algunos prefieren comprarlo en los quioscos franceses, especialmente la edición del fin de semana. *El Mundo* atrae también a unos pocos.

Se constata que gran parte de los españoles en Francia ven los canales televisivos españoles, al tener contratado una televisión por cable. Aunque de calidad muy discutida por parte de los entrevistados -sobre todo se le reprocha el desfase de la programación respecto a la realidad contemporánea de los españoles en el extranjero y en especial de la gente más joven, la que aún no siendo española se interesa por el

² Traducción propia de la transcripción de la entrevista.

idioma-, la gran mayoría suele interesarse por la televisión española internacional, visualizando especialmente el telediario del mediodía. De contar con un proveedor que lo oferte, si se tienen los distintos canales televisivos españoles, la elección se diversifica, optando por descartar la TVE internacional.

Asimismo, pocos son los que dicen perderse las películas de directores españoles en cartelera, especialmente del director Pedro Almodóvar. La música es otro de los instrumentos por el que circula la lengua española en la cotidianeidad de los descendientes de españoles en Francia, creando conexiones identitarias con el universo simbólico de “lo español”.

Cuando la lengua francesa es la lengua de uso de todas las esferas de la vida (familia, trabajo, amistades), la española puede emplearse como táctica para que no se entere la gente de alrededor de algo privado. De manera esporádica, el español también viene a usarse en el lugar de trabajo en la medida en que el empleo hace posible una negociación con hispanohablantes. Signo del impacto de los nuevos medios en la cotidianidad contemporánea, los juegos de rol multijugador masivo online (MMORPG), como es el caso de World of Warcraft, ofrecen también la oportunidad de los jugadores en Francia de aventurarse también en aventuras virtuales con la comunidad hispanohablante, donde el español es la lengua vehicular.

Al mantenerse un contacto transfronterizo, que uno -y bien podríamos decir (*con-*) *funde*— informaciones de diversa índole, diversiones variadas (libros, películas, juegos de ordenador interactivos que involucran redes de internautas más allá de las fronteras), compromisos laborales que se realizan en interconexión de cada uno de los dos *mundos*, ambos considerados como propios, no es de extrañar que en la cotidianeidad de sus vidas se dé el paso de un idioma al otro. Lejos de ser susceptible de provocar tensiones psicopatológicas, ser español -o llevar una parte de español en sí- capacita para una mejor escucha del otro y confiere una vivacidad de gran riqueza para la intersubjetividad.

3. La bi-nacionalidad, un instrumento clave para la transnacionalidad

En lo que se refiere a los comportamientos de los entrevistados en materia de nacionalidad, identificamos tres grupos: los que solo tienen nacionalidad francesa, los que solo tienen nacionalidad española y los que tienen las dos.

En el primer caso (los que solo tienen nacionalidad francesa), notamos la presencia de personas que quieren obtener también la española, la mayoría no tiene nacionalidad española y no piensa obtenerla. Esto no quiere decir que se sientan más o menos “españoles” que los otros. Simplemente, no dan importancia a lo que llaman “los papeles”, sobretodo teniendo una nacionalidad que, por ser europea, les permite entrar y quedarse en España durante un cierto tiempo sin precisar visado.

Los que solo tienen nacionalidad española presentan tres perfiles. Por un lado están los que volvieron con sus padres a España antes de la mayoría de edad y que, por

lo tanto, ni adquirieron automáticamente la nacionalidad francesa, ni manifestaron su voluntad de serlo antes de la mayoría de edad, puesto que ya no vivían en Francia. Pero observamos sobre todo que algunos descendientes nacidos en Francia, donde algunos viven aun, rechazan la posibilidad de obtener la nacionalidad francesa porque “no se sienten franceses”. Solo mantienen la nacionalidad española, renovando regularmente DNI y pasaporte, usando en Francia una “Carte de Séjour” como lo hace todo emigrante³. Estos no consideran que están a gusto en Francia y tienen como meta una instalación rápida en España.

El hecho de **tener las dos nacionalidades** no siempre es el fruto de una voluntad propia del interesado: muchos son españoles de nacimiento y han adquirido la nacionalidad francesa automáticamente, o cuando no tenían 18 años y sus padres, responsables legales, conforme a la ley en vigor, abrieron expediente para manifestar la voluntad de obtener la nacionalidad francesa. Aquí, cabe destacar el hecho de que, aunque la meta sea el retorno, muchos padres decidieron hacer los tramites para que sus hijos, nacidos españoles, también pudieran disponer de la nacionalidad francesa. Los que tienen las dos nacionalidades viven mayoritariamente en Francia. El uso de uno o de otro documento nacional, según las circunstancias, tiene mucho que ver con la mirada del otro, pues los entrevistados, sobre todos los que se identifican mucho al estado español, hablan espontáneamente de los comentarios despectivos oídos durante las vacaciones en España por parte de los autóctonos, muchas veces sus amigos, y que no eran de su gusto pues fueron y son vividos como un rechazo, aunque excusan la broma. Entre estos calificativos destacan el de “gabacho⁴” o “franchise”.

Para los que están en España durante las vacaciones y ven puesta en duda o atacada su condición de español, el DNI o el pasaporte les permite afirmar su identidad frente a lo que consideran como un ataque y una negación de su pertenencia a una supuesta “comunidad española”. En otros casos, los “papeles” pueden servir para identificarse con la comunidad de los que poseen la nacionalidad española.

El hecho de tener la nacionalidad española no implica siempre un sentimiento vinculado al estado español, cerca de lo que podemos llamar patriotismo. Ser descendiente de emigrantes españoles en Francia plantea o ha planteado preguntas sobre la identidad personal de los individuos. Todos los entrevistados lo dicen. Aquí influyen el sentimiento personal y la mirada de los otros. Todos se han sentido “cortados en dos” antes de decantarse por un país o el otro, o por los dos.

³ La ley francesa 2003-1119 del 26 de noviembre de 2003 precisa que los residentes extranjeros con una nacionalidad de un país miembro de la Unión Europea aya no son obligados a tener tal documento, lo que quiere decir que pueden vivir y trabajar en Francia con un DNI o pasaporte español. Este texto de ley es regularmente mal interpretado por la administración concernida, pues deniega a los españoles que piden, por motivos prácticos, una « Carte de séjour » la obtención de esta.

⁴ La palabra « gabacho » es utilizada en España desde el siglo XVI, y el Diccionario etimológico de la lengua castellana de Joan Coromines lo define como un « nombre despectivo aplicado a los franceses desde 1530. Del occitano gavach, ‘montañés grosero’, ‘persona procedente de una región septentrional y que habla mal el lenguaje del país’. En sentido propio del vocablo es ‘buche de ave’ (siglo XIII) y ‘bocio’, aplicado a los montañeses de las zonas occitanas septentrionales, por la frecuencia de esta enfermedad entre los mismos (...) ».

Si los padres transmitieron a sus hijos el “orgullo de ser español”, muchos descendientes sintieron en algún momento la necesidad de tener los “papeles españoles” para poder ser reconocidos como españoles por la comunidad de origen. Muy pronto, los padres entendieron la importancia administrativa de la nacionalidad. Cuando los hijos nacían en Francia, no se contentaban de declararlos a la administración francesa: también lo hacían en el consulado español para transmitirles la nacionalidad española. Mas tarde, algunos invitaron a sus hijos a optar por la francesa, sin renunciar a la española. No se trataba de rechazar su nacionalidad española. Al contrario, los padres, proyectando (y esperando) el futuro en España, eran concientes de que, mientras, la nacionalidad del país de residencia era como una protección para los hijos, por si las moscas... No todos los hijos siguieron estos consejos.

4. Herencias e implicaciones en clave de salud, de una vida transnacional

Lejos de ser una práctica caída en desuso, las visitas por razones médicas de familiares que viven en España son frecuentes y originadas por motivos de distinta índole. Así como para la generación de los españoles emigrantes de la década de los 1960's-70's configuraba un delator de las ineficiencias de la atención sanitaria en España. Hoy día, la clave principal de las razones por las que familiares españoles, generalmente padres-abuelos, que con independencia de haber vivido anteriormente en Francia, constituyen lo que podríamos denominar *los migrantes del sistema sanitario francés* es la comodidad de los hijos que viven en Francia y la percepción de mayor confianza en la relación médico-enfermo de los retornados españoles en los profesionales franceses. Para los familiares que tras residir en Francia retornaron a España, las visitas médicas que realizan en Francia son fruto de una mayor relación de confianza que establecieron antaño con su médico generalista o un médico especialista en particular. La fuerza de la costumbre favorece que se tienda a apreciar más un sistema de salud que otro.

Los hijos de emigrantes españoles, a la práctica, reproducen un patrón que antaño vieron realizar por sus padres al hospedar familiares en busca de una atención sanitaria de mayor cualidad y más accesible que la ofrecida por la España Franquista. A pesar del avance en materia sanitaria experimentada en España desde la década de los 1980's, la percepción de una mejor calidad asistencial del sistema francés respecto al español –de hecho, para la OMS en la actualidad Francia obtiene las mejores puntuaciones de calidad asistencial y oferta de servicios sanitarios en comparación con el resto de países del mundo- es también una motivación añadida y a veces, la esencial para hacer venir a familiares españoles a fin de obtener un diagnóstico y conseguir un tratamiento por un profesional o equipo de médicos franceses. Las leyes de armonización europea que tienden al trasvase de fondos entre las Caja Nacional de Seguridad Social, así como al reconocimiento del derecho comunitario a una asistencia sanitaria en igualdad de condiciones que la ofrecida a los nacionales, facilita un flujo de migración para obtener atención sanitaria en Francia. Los fallos del sistema de salud español que impulsan a un movimiento de emigración hacia Francia, de jubilados españoles, son concretamente: 1) las listas de espera para una operación quirúrgica, 2) los criterios de filtraje más restrictivos –guardando relación con una menor disposición de recursos humanos y materiales- para acceder a una operación y 3) una desigualdad

territorial más acuciante de los centros punteros en intervenciones médicas especializadas.

Señalado como el problema sanitario mayor, de actual vigencia, por parte los españoles en Francia y/o franceses de origen español, el cuidado de los padres que envejecen en España y devienen dependientes genera en unos casos, una migración temporal de personas dependientes, así como un desplazamiento provisional de cuidadores, sin que medie necesariamente la percepción de que un sistema de salud es mejor que el otro. En el corazón de las familias divididas por la frontera franco-española, la división del trabajo para el cuidado de los padres es fuente de conflicto intrafamiliar al exigir a los residentes en Francia su presencia como co-cuidadores *in situ*, pidiéndoles asumir la parte de responsabilidad filial en el propio domicilio del ascendente dependiente. En las existencias transnacionales, nada parece conferir mayor sensación de distancia que la enfermedad de los seres queridos en España o cuando los disgustos, de distinta índole, se topan con una distancia que impide que las situaciones de adversidades sean compartidas *in vivo*.

La transnacionalidad que impregna la mirada con la que nuestros hijos de españoles en Francia valoran los episodios vivenciales en el ámbito de los cuidados de la salud, evoca ese lado transgresor que portan los que deambulan por la vida armados con la certeza de que las cosas pueden ir de otro modo y manejan los elementos heurísticos con los que desprenderse del pensamiento único y abrirse a una conciencia más crítica.

La fitoterapia es claramente el método tradicional de sanación percibido como propiamente español y el más difundido entre los hijos de españoles. De transmisión familiar, el conocimiento del valor terapéutico de las infusiones o de las inhalaciones de vapor de hierbas conforma un elemento de herencia cultural con sello español. Si bien la mayoría de nuestros entrevistados nos revela al menos una asociación entre un síntoma y una planta medicinal, entre los herederos de la tradición no siempre se da la misma adscripción respecto a poner en práctica los tratamientos. En este sentido, aparecen dos posiciones antagónicas: por una parte, la de practicar algunos consejos tradicionales de “su tierra” cuya eficacia convence y por otra, elegir unívocamente los métodos de la biomedicina.

Las referencias cognitivas sobre métodos tradicionales de curación dependen en su forma y contenido tanto del área de procedencia en España –mientras que en Galicia, la manzanilla aparece como la planta estrella del acervo popular para síntomas variados; la tila es la más nombrada en Valencia para tratar estados de nerviosismo-, así como de la historia clínica de los distintos miembros de la familia.

Aunque con gran desconocimiento de sus técnicas y poco solicitadas por los propios entrevistados (con la excepción del *ritual del pañuelo* en Valencia), las prácticas esotéricas de curación también conforman, si no la tradición familiar, el universo de las prácticas de sanación vinculadas al lugar de origen de la familiar. Así, en Galicia se menciona las *meigas*, consideradas brujas-curanderas; en Valencia, las

curanderas que practican el ritual del pañuelo como tratamiento del empacho y, en todo el territorio español, la sanación por imposición de manos para regenerar la piel tras una quemadura, y los masajes energéticos, como técnica para solucionar problemas musculares (contusiones) y óseos (esquinces).

En la Valencia de los padres que iniciaron el éxodo, en sus tiempos de infancia, las curanderas eran el primer recurso en caso de un malestar ordinario. Los médicos se consultaban para las enfermedades graves y tras comprobar la ineficacia curativa de un remedio tradicional. El vínculo entre enfermo y curandera viene sellado por una suerte de creencia popular, constituida ésta por mil y una historias de experiencias narradas que pasa de uno a otro y configura el *buen nombre* de la curandera. No obstante, la solicitud de ayuda terapéutica dirigida a una curandera no puede encerrarse ni en el baúl de los recuerdos, ni en la caja de rarezas, siendo una práctica habitual en España sobre todo para aquellas dolencias, malestares, enfermedades, sobra las que la medicina alopática no halla respuesta.

Incurriríamos en un grave error de interpretación si formuláramos la asociación de que el traspaso de las fronteras nacionales no siempre supone la interrupción de una tradición curativa en el corazón de una familia. Igualmente si no tuviéramos en cuenta la diferencia generacional que atraviesa el paso de una frontera a otra.

En las generaciones posteriores, el legado de una existencia marcada por el transnacionalismo puede traspasarse bajo la forma de un dolor emocional, más concretamente, un malestar en la constelación identitaria. Algunos lo expresan como un sentimiento de pérdida constante –una ausencia, inefable y permanente-, al verse inmersos en el punto de interrogación sobre cómo articular la herencia cultural vinculada al origen familiar, con la imagen que la cotidianeidad trasmite de lo que uno debiera ser, comportarse en su entorno cotidiano. La crisis identitaria, más resentida en el momento de la adolescencia, se verbaliza en palabras de otros como un desajuste entre ellos mismos y su entorno, así como un desacople interno. En algunos casos, el sentimiento de extrañamiento se disuelve paulatinamente al crear vínculos más intensos de adhesión cultural, haciendo de su mundo francés, su sustrato cotidiano de configuración identitaria. Al tiempo, ubica su mundo de pertenencia española como bagaje de transmisión familiar que la enriquece, singularizándola. En cambio, en otras ocasiones se resuelve el conflicto regresando a España y rompiendo con la experiencia francesa.

La clave explicativa de la diferencia entre unos y otros reside en la manera en que cada uno elabora su propia adhesión hacia la tierra y de las gentes vinculados a sus orígenes. Pudiera decirse que se trata del duelo migratorio que se traspasa a la descendencia que continua adoptando prácticas transnacionales. No hay nada de trágico expresarlo en forma de duelo migratorio pues el dolor que comporta, ni es irreversible, ni requiere necesariamente la ayuda de expertos para su elaboración (Grinberg & Grinberg, 1984). De hecho nuestros entrevistados se resisten a psicopatologizar la figura del inmigrante, a convertirlo en un “*paciente español*”. La aflicción del “duelo migratorio”, afirman, se adiestra en la medida en que con los recursos adquiridos (entre los cuales destacan la sociabilidad con los que se comparte cotidianeidad), se mantienen las relaciones familiares en la distancia y mediante visitas regulares y se ancla las

riendas de la propia vida en la sociedad de nacimiento, enfrentándose -claro está- a las vicisitudes que conlleva la propia existencia humana. Inmigrar no vuelve enfermo a sus protagonistas ni a su descendencia. La relación de causalidad apunta más bien a las condiciones de vida respecto al trabajo, alojamiento, ambiente familiar, entorno social y oportunidades de desarrollo personal en el país de residencia.

5. Las redes sociales y comunitarias como base de las prácticas transnacionales

Sin duda, las relaciones sociales son clave para poder entender la socialización de los hijos de la emigración española en el transnacionalismo. El ya citado proyecto temporal de ahorro y retorno trajo consigo, como hemos visto, un repliegue, para la generación de los padres, de los emigrantes españoles sobre sí mismos. ¿Para qué hacer el esfuerzo por aprender el francés, tener amistades autóctonas, buscar espacios de encuentro más allá de las redes comunitarias, si lo que se quiere es volver? Reducidos a los nichos laborales enclavados, el contacto con los franceses se reducía al que se hacía con los patrones. Y esto sobre todo en los barrios burgueses, donde residían muchas de las porteras y mujeres españolas dedicadas al servicio doméstico. La generación de los padres fue, por lo tanto, edificando unas sólidas redes comunitarias fundamentadas en la construcción identitaria de lo “español” en la distancia. Y mediatizadas, en gran medida, por las prácticas de ocio y consumo, en torno a las fiestas y, sobre todo, “comilonas”, con productos del país de origen. Redes creadas a través de las asociaciones, de la Iglesia de la Rue de la Pompe, de los propios inmigrantes de los mismos pueblos de origen o de zonas colindantes.

Las relaciones sociales comunitarias son características de muchos colectivos de inmigrantes. No es nuevo decir que los “extranjeros” se reúnen entre ellos, para reproducir sus pautas culturales, comer los productos de su país, escuchar la música. Y, en definitiva, reproducir su identidad de origen. Lo sorprendente en nuestro caso, es que la inmigración española, percibida, en la actualidad en Francia, como una inmigración “integrada”, haya desarrollado estas pautas de relaciones sociales, centradas en el comunitarismo, más marcadas de lo que inicialmente podría pensarse. Sobre todo, destaca el hecho de que los hijos de la emigración española en París, que, como hemos visto, tienen una “buena” inserción socio-económica en Francia, desarrollen igualmente toda una serie de relaciones sociales comunitarias. En efecto, nuestro estudio pone de manifiesto cómo la segunda generación ha ido edificando, al igual que sus padres, una comunidad paralela, que funciona igualmente como una “familia en la emigración”. No se fundamenta en prácticas de ocio y tiempo libre vehiculadas por lo culinario, pero sí por otro tipo de consumo, el cultural (música, cine, etc.). Los hijos fundamentalmente se reúnen y reproducen la “fiesta a la española”, se identifican con la marcha que han vivido y viven en el pueblo durante las vacaciones. Comunitarismo que está más presente entre la generación de los hijos que formaron parte del “baby boom” de nacimientos de la emigración española en Francia (sesenta y setenta), aquellos que nacieron en pleno auge reproductivo de esta emigración. Los que hoy en día tienen alrededor de treinta o cuarenta años. Fue de especial relevancia la comunidad de los pequeños que se fue edificando en el barrio de París XVI, donde los hijos de la emigración española vivieron más discriminaciones de clase, comunidad que reagrupaba, en general, a los ibéricos (portugueses y españoles), como una reacción a esa aristocracia y burguesía adinerada, con la cual, los hijos/as de porteras tenían que convivir.

La comunidad de los pequeños fomentó el desarrollo de prácticas transnacionales, en lo relativo al consumo de productos culturales españoles, de espacios de ocio y tiempo libre (como la discoteca La Serena). Ayudando a intensificar, igualmente, los viajes a España. Los hijos de españoles, que se relacionan entre ellos, viajan con frecuencia al país de origen de sus padres, disponiendo de toda una plataforma de “alojamiento” a lo largo y ancho del territorio español. Plataforma proporcionada por las propiedades de los emigrantes, pero igualmente por las casas y apartamentos de los familiares, que pueden acoger a esos primos, que vienen de visita, desde París, con unos amigos.

Los padres fueron socializando a los hijos en las relaciones comunitarias, en lo que hemos denominado como la españolada, término utilizado por Federico, uno de nuestros informantes. Y haciendo que, a su vez, los retoños, fuesen desarrollando sus propias redes étnicas. Intensificándose, así, las prácticas transnacionales y ese vivir entre dos mundos, entre dos espacios sociales. Llegando incluso, muchos de los retoños de la emigración, a optar por el matrimonio endogámico, lo cual facilita, la comunicación entre la pareja, pues se comparten esos propios de la vida cotidiana fundamentada en la transnacionalidad. Códigos que difícilmente podrá entender un/a francés/a o un/a española/a que no ha tenido la experiencia de la emigración.

Por otra parte, la socialización de los hijos en las relaciones comunitarias, formó igualmente parte del proyecto de retorno de los padres. Son varios los informantes que señalan como algunos progenitores, de forma más o menos inconsciente, transmitieron a sus hijos su deseo de que se juntasen o casasen con un español/a. Lo cual aseguraría el regreso y la reproducción de los valores culturales del país de origen.

6. La configuración de prácticas y redes transnacionales a través de los viajes a España

Los viajes a España permitieron un contacto físico con el país de origen de los padres. Los hijos de los emigrantes españoles en Francia pudieron beneficiarse de la proximidad geográfica entre ambos países y de las redes transnacionales establecidas por las familias emigrantes. En efecto, vemos como la familia (abuelos, tíos y tías) permitía que los hijos pudieran pasar mas tiempo en España (de dos a tres meses en verano) cuando los padres solo disponían de 4 o 5 semanas de vacaciones (*congés payés*). Los descendientes de los emigrantes españoles en Francia establecieron lazos afectivos directos con el país de origen de los padres y con los familiares que se quedaron allí, al no emigrar. Esto explica la identificación profunda con esos orígenes. Por lo tanto, los descendientes de los españoles en Francia (al igual que los de otros países europeos, y con diferencia a los de América Latina) conocían bien España desde la infancia.

Las vacaciones en España eran como un ritual que se repetía cada año y que no ha cesado durante las más de cuatro décadas de historia de la emigración « económica » española en Francia. Las vacaciones servían para establecer un puente entre España y Francia que permitiese a los hijos descubrir el país de origen y afianzar las relaciones

familiares con los que se habían quedado en la península. Tenemos que tener en cuenta el hecho de que, para algunos, España no solo fue el país de las vacaciones, pero también el de la infancia puesto que nacieron y se criaron allí antes de emigrar con los padres: no todos los hijos de emigrantes nacieron en el país de destino.

Si los exiliados políticos transmitieron a sus descendientes una imagen de España negativa (franquismo), los “económicos” transmitieron a los suyos una imagen muy positiva y, muchas veces, idealizada de España, focalizando lo positivo en la cualidad de vida y las relaciones sociales (la mayoría de los emigrantes era de origen rural) y haciendo abstracción de la situación política. El regreso a España era una meta y el objetivo primero de la migración: este deseo se transmitió a los hijos. Si regresar a España era el objetivo de la emigración, los padres educaron a los hijos como futuros retornados. España era el punto de meta; Francia, una paréntesis. En consecuencia, a partir de los 6 o 7 años –cuando podían empezar a apreciar racionalmente lo que les sucedía –, los pequeños ya habían asimilado un discurso muy positivo sobre el país de origen. Es más: sabían que en España estaban sus raíces y que de una manera u otra, estaban ligados a ellas.

Para los descendientes de la emigración española en Francia, el viaje es un elemento clave del proceso de transición entre Francia y España. Este viaje es evaluado por los entrevistados en términos positivos o negativos, según el sentido del desplazamiento: positivos si se trata del viaje desde Francia a España (ida); negativos si se trata de la salida del pueblo para regresar a París (vuelta). Pero los dos envuelven el periodo de vacaciones y marcan un pasaje de un estado a otro, en el doble sentido de la palabra: Estado francés/español y estado emocional. Durante el viaje de ida a España, es curioso constatar que el pase de la frontera era un momento que nuestros entrevistados querían presenciar conscientemente: así, los que sabían que llegarían a Irún o a la Jonquera dormidos en el coche pedían a sus padres que les despertasen para ver la frontera. Esto demuestra la importancia simbólica de este momento que estigmatiza la vuelta a España. Francia queda atrás y los cambios de actitudes marcan el cambio de estado personal de los padres y de los hijos. Así, comprobamos que muchos entrevistados dicen cambiar de objetos, modales o actitudes al cruzar la frontera, algo que era acentuado por el cambio de divisas hasta la llegada de la moneda única (en el 2002). El cambio de lengua también se escenifica al pasar la frontera (decisión de no hablar más francés hasta el regreso), y vemos como la lengua española y el uso de las pesetas eran dos referentes que marcaban el regreso a España. Al contrario, el regreso y la entrada en Francia eran vividas de forma muy distinta, entre lágrimas o desánimos, porque marcaba claramente el fin de las vacaciones, la separación con los seres queridos y la vuelta a la rutina.

La frontera simboliza el límite entre los dos países que motivan y dividen su identidad. Es el punto que marca la conexión entre España y Francia, y lo que cada país representa a nivel personal. Marca también el pasaje entre un estado y otro: cuando se viene de París, pasar la frontera es penetrar en el espacio español, momento esperado todo el año, pasando de un estado personal deseado a la ocupación física de un espacio, preguntándose lo que habrá cambiado durante la ausencia, desde la última visita a la tierra de las raíces.

Aunque crezcan en Francia, los padres educan a sus hijos como españoles, como habitantes de un pueblo que pisan pocas veces al año. La vida en Francia es una paréntesis que debe permitir el retorno a España. El viaje a la Península es pues como una repetición general de ese retorno. Los viajes y las relaciones familiares y sociales que se establecen durante las estancias en España deben permitir, en el futuro, el día del regreso definitivo, una mejor (re)integración en la sociedad de origen.

7. El retorno o el círculo transnacional

Para terminar la comunicación, intentaremos cerrar el círculo con la explicación del retorno de los hijos de la emigración española en Francia. Uno de los fenómenos que hemos observado a lo largo de todo el trabajo de campo es cómo, poco a poco, los jóvenes de la emigración están “regresando” a España, estando muy presente la idea y el deseo de “volver” al país de origen de sus padres. Lo cual nos lleva a otra paradoja, la protagonizada, esta vez, por los hijos de la emigración. Sus padres han programado su movilidad social fundamentalmente a través de la inversión en educación para que pudiesen, con ello, salir del trabajo manual y obtener unos “buenos puestos laborales”. Y lo han conseguido. No obstante, la atracción tan fuerte que ejercen las raíces hace que algunos retoños decidan “renunciar” a esa movilidad ocupacional lograda, para volver a España, siendo conscientes de que en este país las oportunidades laborales y las condiciones de trabajo son peores que en Francia.

Algunos hijos de emigrantes reflexionan en este sentido ¿Resulta “irracional” dejarlo todo, esa buena posición laboral que han adquirido en Francia, para regresar a España? ¿Acaso no es ir en contra de aquello por lo que han luchado sus padres? ¿Cómo entendemos que los hijos de la emigración, que han alcanzado una buena posición económica y social en Francia, deseen “volver” a España? ¿Acaso estas decisiones, que toman algunos de nuestros entrevistados, no resultan paradójicas? ¿Cómo explicar el deseo del retorno de la segunda generación de emigrantes españoles, cuando las posibilidades de desarrollar su carrera profesional son mayores en Francia?

¿Tal vez la paradoja de los padres explique la paradoja en la cual entran algunos hijos que desean volver a España? Expliquemos con más detalle esta idea de cómo una paradoja parece haber llevado a otra.

Nuestro estudio muestra que el deseo de retorno de los hijos de la emigración española en París se explica por todo el conjunto de prácticas transnacionales que se han ido edificando en el marco de las familias de emigrantes. La idealización de España en el discurso, en las emociones y en las vacaciones. Esos corazones alegres o reprimidos, que iban transmitiendo sensaciones de alegría o tristeza a los hijos, según fuese el espacio social de referencia, España o Francia. Ese imaginario del país de origen construido en torno a aspectos positivos, al periodo vacacional, a la libertad. El retorno se explica, en algunos casos, como parte del proceso de construcción identitaria, para poder probar ese “otro lado” en términos culturales, en el cual se ha sido igualmente socializado. Como parte, otras veces, de ese dilema de clase social al que se han tenido que confrontar algunos descendientes de emigrantes, sobre todo aquellos que vivían en los barrios más burgueses. De hijos de portera, señora de la limpieza, obrero, se pasaba a “los reyes del pueblo”, en España, revalorizándose su estatus social. Urbanitas cansados de la ciudad, en busca de una calidad de vida, son igualmente candidatos al

“regreso”. Retorno por amor, como una ventana ante una crisis personal, en tanto forma de emancipación. Como parte de esa revalorización que ha alcanzado España en el plano internacional; un país que se percibe como desarrollado, moderno y dinámico, frente a la imagen de una Francia estancada. Todos estos factores explican el deseo de instalarse en España que tienen muchos de los descendientes de la emigración española en París. Pero la historia no queda ahí, pues es, sin duda, el propio proyecto migratorio que marcaron los padres cuando salieron de España, lo que nos ayuda a entender el retorno a “las raíces” de sus hijos.

Como vimos al inicio de la comunicación los padres edificaron la emigración sobre la base de un proyecto temporal. Aunque poco a poco, la propia dinámica migratoria y vital hizo que fuesen quedándose. Pero la temporalidad de su proyecto migratorio estuvo presente en su discurso durante muchos años, guiando sus estrategias laborales, residenciales, relacionales, de inversión, ahorro y consumo. Temporalidad que fue transmitida, de forma más o menos inconsciente, a sus retoños, que fueron interiorizando, desde pequeños, que el objetivo último familiar era regresar. Lo cual puede explicar que algunos hijos de la emigración, aunque nacieron en Francia y nunca antes vivieron en España, salvo durante los periodos vacacionales, tengan tan presente el deseo de instalarse en este país y hablen de “retorno”. La nueva migración que supone que los descendientes se muden a España es vista, en el fondo, como el regreso del que siempre oyeron hablar a sus padres.

El deseo de volver a España es el motor que ha permitido a los padres seguir aguantando las duras condiciones de trabajo y de vida, en el marco de la emigración. Ha sido lo que les ha permitido mantenerse vivos. El retorno ha alimentado, más que la propia comida, a los protagonistas del éxodo. Ha sido la gasolina que les ha permitido seguir adelante. Y este sueño se ha ido, poco a poco, transmitiendo de manera intergeneracional. Pero muchos no han logrado llevarlo a cabo, y se han ido quedando en Francia. Sus corazones están inquietos por esa sensación de fracaso. Por esa paradoja con la cual se encontró la generación de los padres. La fuerte movilidad colectiva de la sociedad española fue disfrutada por los que “se quedaron”, mientras que los que emigraron y no regresaron a tiempo han desarrollado una trayectoria de estancamiento. Y la generación de emigrantes, estancada en su trayectoria de movilidad social, sufre, agoniza, por el fracaso. Sufrimiento que se prolonga, con frecuencia, hasta la muerte real. Pues ya les queda poco tiempo a los protagonistas del éxodo y están cansados.

¿Acaso los hijos, con el retorno, resuelven la paradoja de los padres, contribuyendo a reproducir la “paradoja de los hijos”? ¿El fracaso del retorno de la primera generación lleva a los descendientes a regresar, aún cuando el proceso de instalación en España pueda suponer un retroceso para su carrera profesional?

La temporalidad que ha marcado la trayectoria migratoria y vital de los padres, ha traído consigo toda una serie de prácticas transnacionales. El sueño por volver a España ha hecho que los padres invirtiesen en una educación bi-cultural, que optasen a que sus hijos tuviesen la bi-nacionalidad. Y, en definitiva, fue impulsando a que los descendientes adquiriesen un “capital transnacional”. En este sentido, la paradoja de los padres ha enriquecido, en gran medida, a sus hijos, haciéndoles más competitivos en el marco del mercado y de la sociedad global. Porque al menos pueden elegir, entre un país u otro, lo cual es una gran ventaja. Y en el caso de frustrarse su “retorno a España”, pueden tomar el camino inverso, y “volver a retornar” a París. Tienen los recursos y la

posibilidad de desarrollar su trayectoria vital en dos espacios sociales, lo cual dinamiza su campo de elección. En este sentido, la paradoja de los padres, transmitida intergeneracionalmente, no empobrece, ni estanca, sino que lleva a un recurso suplementario, el del “capital transnacional”, con el cual nuestros jóvenes protagonistas pueden jugar mejores partidas.

Los/as hijos/as de la emigración española en París, han vivido en la transnacionalidad, lo cual les ha llevado a algunos/as a planteamientos identitarios, o a desarrollar una atracción “paradójica” hacia España, pero esa experiencia transnacional, les hace estar más adaptados a la globalización. Saben gestionar mejor la multiculturalidad. Son vectores de transmisión cultural, embajadores de España en el extranjero. Conscientes del sacrificio de los padres, por los que demuestran un gran respeto.

Vuelven los pequeños, que fueron criados en París. Las cigüeñas no traen bebés, esta vez, sino adultos, educados, formados en la transnacionalidad. Un recurso humano altamente interesante para el estado español, un recurso que no ha costado prácticamente nada de dinero en su formación. Los emigrantes siguen aportando, aún hoy en día, al desarrollo de España. En los inicios del proceso migratorio lo hicieron fundamentalmente con el capital económico; ellos contribuyeron, bien sabemos, a levantar el país durante el Desarrollismo de los sesenta. Hoy en día traen el “capital humano y transnacional”. Los emigrantes siguen regalándole recursos a su tierra. Una generosidad que no termina. ¿Y qué les está dando la tierra a ellos? Al menos lo que buscan es reconocimiento. Esperamos que este estudio haya contribuido a satisfacer este deseo.

Bibliografía

GRINBERG, León. & GRINBERG, Rebeca, (1984) *Psicoanálisis de la migración y el exilio*. Madrid, Alianza.

OSO, Laura (2004): *Españolas en París: estrategias de ahorro y consumo en las migraciones internacionales*, Barcelona: Bellaterra.

OSO, Laura (dir.); LURBE, Kàtia y Bruno TUR (2007): *Transciudadanos: hijos de la emigración española en Francia*, Madrid: Fundación Largo Caballero, informe inédito de investigación.

SIMON, Patrick. (1991) « Pratiques linguistiques et consommation médiatique », en TRIBALAT, Michèle. (Ed.) *De l'immigration à l'assimilation. Enquête sur les populations d'origine étrangère en France*. Paris, La Découverte/INED.